

Titulo: **“TRAS LOS CRISTALES”** , escrito por Pikazu

Durante años me atreví a hacerlo en bicicleta. Había muchas razones, como el ahorro de tiempo y dinero que ello suponía, el mantenimiento físico, el sentimiento de libertad y también de alguna manera, de servir de referencia a otros que podrían dejar el coche. Todo un acto reivindicativo con la esperanza en la mejora de la movilidad metropolitana, de una pasarela sobre la SE-30 y del carril hasta Puebla. Pero tanta espera me derrotó, además te vas haciendo mayor y en eso que llevas ya unos quince años yendo en autobús al trabajo. No es lo mismo pero descubres nuevos alicientes y es que dos horas de trayecto al día dan para muchos libros, para muchos sueños y sobre todo para contemplar a través de los cristales, a veces alguna animada conversación construyendo fugaces amistades.

Hoy devoro la lectura con ansiedad pero a la vez con cuidado de no pasar por alto ninguna palabra, ya que presiento que me espera una última revelación en el “Caminar” de Henry David Thoreau. Hondamente conmovido por la sensibilidad despertada hace siglo y medio, nos recuerda y nos descubre otras dimensiones del simple hecho de pasear. Todo ello a pesar de las mil rotondas que alargan infinitamente el camino, con tanto zarandeo que te arrastran a cerrar los ojos. ¿de verdad, son necesarias tantas rotondas?.

Todavía con una profunda devoción al texto, miro de reojo por la amplia ventana del autobús y . . . ¡no me lo puedo creer!, ¡pero por Dios, cómo que

nadie me avisa de lo que está pasando ahí afuera!. ¡Sin ningún recato, están copulando en pleno día!

No se escandalice, solo se trata de una abultada nube, que reptaba por el único promontorio que hay en todo el trayecto, deshaciéndose en hilachos, despeñándose por la montaña del Aljarafe, por el castillo de San Juan. La neblina blanca, rosada por la tamizada luz del atardecer, rodea y atrapa a la torre del Sagrado Corazón y rápidamente la libera una y otra vez, . . . a capricho de las ráfagas de aire haciendo trizas la suave avalancha de vapor de agua que se desliza y acaba mojándolo todo.

Me sobrecoge, deseo que el autobús ya no corra, que se detenga, que no se acabe el bello espectáculo que nos están ofreciendo delante de nuestras narices. Me remuevo en mi asiento, es un acontecimiento único y estoy por llamarle la atención a los más cercanos para que no se lo pierdan, para comentar con alguien sobre esta belleza natural y salvaje, que apenas durará, que se va, pero . . . parece que a nadie le interesa . . .

¿cómo puede ser?

Algunos están hablando, la mayoría mirando sus pantallitas.

Están adormilados . . .

¿qué les pasa?,

¿o, qué me pasa a mi?, ¿será Throureau . . .?